

La Política Grande

Fernando Ruiz*

La patria grande y el mercado grande no alcanzan para fundamentar la unidad latinoamericana. Menos aún, los intereses cortoplacistas. Hay que relanzar un ideario integracionista.

América Latina está compuesta por los países que están subdesarrollados, son mayoritariamente de tradición católica y forman parte del continente americano. Con esos rasgos de identidad, la comunidad de naciones latinoamericanas construye desde su Independencia una historia con fuertes similitudes entre sí. Sin embargo, América Latina no es una realidad generalmente aceptada por los latinoamericanos. Para muchos, es un concepto impreciso, confuso, falso, parcial o, en el mejor de los casos, inútil.¹ En cambio, para la gran mayoría de los no latinoamericanos, América Latina existe. Como siempre ocurre, la mirada ajena nos clasifica mejor que nuestros propios ojos.

*Licenciado en Ciencias Políticas (UCA). Profesor de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Austral. Colabora en la cátedra de América Latina en la Política Internacional (Ciencias Políticas - UCA). Periodista especializado en América Latina.

¹ Por ejemplo, los diarios argentinos de todas las tendencias escriben América Latina con la "L" minúscula, relativizando así el sentido de la expresión. No se atreverían seguramente a escribir Estados Unidos con la "u" minúscula. Los "colonialistas" españoles, que podrían protestar contra el supuesto invento "colonialista" francés del término América Latina, lo han aceptado y lo usan habitualmente en su lenguaje diplomático y periodístico. En *El Libro de Estilo* del diario *El País*, de España, (Octava Edición, 1991) aparece "América Latina" con las dos palabras en mayúscula. Desde 1991, se reúnen una vez por año los presidentes de los países latinoamericanos junto a Portugal y España. Allí se utiliza la expresión "comunidad iberoamericana", que incluye a las dos madrepatrias. Pero en los documentos, "Iberoamérica" no reemplaza a "América Latina", sino que por el contrario esta es utilizada en forma permanente para referirse a los miembros de la comunidad iberoamericana ubicados en América. Así, incluye a veinte países. Están excluidos de estas reuniones las Guayanas, Bélgica, y del Caribe sólo participan Cuba y República Dominicana. Desde el punto de vista literario, el término "Hispanoamérica" tiene una lógica vigencia basada en la lengua común, pero desde el punto de vista político creemos que es un término decimonónico. Por último, la expresión "Sudamérica", habitual en el vocabulario económico y militar, es sólo una definición geográfica.

Las naciones latinoamericanas viven una evidente comunidad de destinos. Hoy, como ayer, desconocer la realidad regional es renunciar a comprender qué sucede en el propio país. Sin embargo, los análisis corrientes de las respectivas realidades nacionales tienden a ignorarlo casi por completo. ¿Cómo explicar con causas sólo nacionales un fenómeno que se repite en toda la región de modo similar? ¿Cómo contar la historia reciente de cada país latinoamericano sin hablar de la CEPAL, de la Revolución Cubana, de la Doctrina de la Seguridad Nacional, de la Teología de la Liberación o del llamado "consenso de Washington"? ¿Hay algún país latinoamericano donde esos factores no hayan tenido y tengan una fuerte influencia? ¿Hay alguna otra región en el mundo en la que podamos encontrar esos mismos elementos reunidos?

La inagotable retórica latinoamericanista, irrefutable rasgo de identidad, ha encontrado en el tema de la integración regional su principal fuente de inspiración. Y pocas cosas como esa han devaluado tanto el ideario integracionista.

Cuando estamos entrando al siglo XXI, los países de la región han emprendido una multitud de acciones efectivamente integracionistas, pero apenas se ha esbozado una reformulación de los potenciales beneficios que el proceso puede ofrecer al bien común de cada país. Argumentos economicistas, parciales, particularistas y de corto plazo, parecen agotar la fe integracionista. El peligro es que algún posible viento huracanado destruya sin esfuerzo esos precarios fundamentos. Entonces, un proceso político esencial quedaría a la deriva. Propongo, a continuación, cuatro buenas razones para promover y afianzar la unidad de América Latina.

1. Paz

*"Aquí no habrá más guerras que
las de los unos contra los otros, y
esas son como matar a la madre",
Gabriel García Márquez. El
General en su Laberinto, 1989.*

La ventaja más obvia de una estrecha integración entre los países de América Latina es que tienden a reducirse las posibilidades de conflicto armado entre ellos. Las tradicionales rivalidades a veces persis-

ten, pero ahora conviven con la integración complejizando una relación que estaba limitada a la desconfianza recíproca de los gendarmes y a la indiferencia del resto.

Partiendo del Cono Sur, el equilibrio político tradicional era una *entente* algo nebulosa entre Brasil, Chile, Ecuador y Guayana frente a otra formada por Perú, Argentina y Venezuela. En América Central, Guatemala, Nicaragua y Panamá mantenían mayor afinidad entre sí, frente a Costa Rica, Honduras, Belice y México. El Cono Sur ha sido quizás la zona de América más prolífica en guerras. Centroamérica ha sido un polvorín en la reciente década de los Ochenta. Durante la Guerra de Malvinas, hubo temor en varias fronteras americanas: entre Guayana y Venezuela, entre Belice y Guatemala y también entre Colombia y Nicaragua, por la disputa de una isla.

La principal virtud de la integración —como sostuvo en Buenos Aires un protagonista importante de la unidad europea, Giulio Andreotti— es alejar lo más posible la posibilidad de la guerra. Cuando el 19 de octubre de 1979 se realiza el acuerdo entre Argentina y Brasil por el aprovechamiento de las aguas de la Cuenca del Plata, comienza la distensión en el Cono Sur y se encamina, con lentitud, un proceso integracionista que cubriría a toda América Latina. A partir de entonces, fué posible intentar la coordinación de las dos naciones más poderosas del Cono Sur.²

Los expertos de la guerra son los militares y en América Latina han influido más de lo aconsejable. Eso también contribuyó a que costara un poco más comprender que los vecinos servían para otra cosa además que para atacarnos. La persistencia de gobiernos cívico-militares en varios países de la región nos muestra que todavía falta para desterrar el militarismo de estas tierras.

Sin embargo, parece estar terminando la época de los países-isla, que evitaban relacionarse con sus vecinos, refugiándose tras sus fronteras y mirando exclusivamente hacia los centros del mundo. También en esta cuestión el célebre 1989 es un hito esencial. La primera vez que un presidente brasileño asistió a la toma de mando de un presidente en América Latina fue en julio de ese año, adonde llegó José Sarney. Un mes después, en la asunción del boliviano Jaime Paz Za-

² Se ha comparado hasta el cansancio el encuentro argentino-brasileño con el ejemplo de Francia y Alemania como núcleo originario de la unidad europea.

LA POLÍTICA GRANDE

mora, sucedió otro hecho histórico: por primera vez se reunieron los presidentes del Cono Sur (con la única excepción de Chile). Nunca desde la Guerra del Pacífico (1879-1882) un presidente boliviano había visitado la capital de Chile hasta la llegada de Gonzalo Sánchez de Lozada, quién se reunió con el entonces presidente chileno Patricio Aylwin, en La Moneda, el 14 de octubre de 1993.

La guerra puede parecer un fenómeno lejano para muchos países de la región, pero no parece una tarea vana alejarla un poco más. Las rivalidades nacionales no son fácilmente controlables, y en América Latina abundan más de lo necesario.

2. Desarrollo

"Es trágica la coincidencia entre las líneas de nuestras fronteras con las líneas más extremas del subdesarrollo",
Felipe Herrera, ex-presidente del BID.

Pocas cosas pueden transformar más la geografía humana de América Latina que el radical acercamiento de cada país con sus vecinos, luego de un siglo y medio donde en la gran mayoría de las fronteras reinó la indiferencia y la desconfianza.

Para una gran cantidad de regiones latinoamericanas, el verdadero cambio de modelo de desarrollo no es el paso de una economía con fuerte intervencionismo estatal a una economía con una mayor libertad de mercado. El cambio que más las va a impactar es el fin del aislamiento con los países vecinos.

A medida que esta distensión crece son favorecidas regiones que antes estaban marginadas de los respectivos procesos de desarrollo nacionales. Se está comprobando —a diferencia de lo que los desarrollistas sostuvieron durante décadas— que la integración entre países limítrofes ayuda a integrar el propio país. Al permitirse desarrollar todas las potencialidades sin tener las limitaciones de un código geopolítico en vías de superación, se aumenta la viabilidad de muchas regiones hasta ahora olvidadas.

Los países de América Latina nacieron y crecieron para abastecer a sus propias ciudades modernas y para comerciar con los países centrales. El interior de estos países fué un protagonista marginal de este desarrollo, que era necesariamente excluyente pues

LA POLÍTICA GRANDE

ningún país cabe en tres o cuatro ciudades. El interior expulsó población hacia las grandes urbes. Los países, en vez de desarrollarse, se comprimieron.

Sin que nadie lo hubiera previsto, el acercamiento entre los países vecinos está demostrando ser una herramienta para "interiorizar" el desarrollo y promover la integración nacional.³ El crecimiento de las relaciones entre países vecinos promueve el crecimiento de las relaciones entre provincias de un mismo país. El Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC) es, sobre todo, un intento de trasladar a todo México el crecimiento que ya había tenido su frontera norte con la integración informal con los Estados Unidos.

En el caso del Cono Sur entraron en crisis los viejos códigos geopolíticos que, entre otros efectos, enterraban en el atraso a vastas regiones interiores. Para Argentina, por ejemplo, una de sus tesis centrales en la Cuenca del Plata fue: "A la Argentina le favorecen todas las comunicaciones Norte-Sur mientras que afectan a sus intereses geopolíticos toda comunicación Este-Oeste".⁴ Con esa visión geopolítica, por ejemplo, ni el norte ni la mesopotamia argentina podían relacionarse con Brasil pues ese vínculo competiría con su "integración" con Buenos Aires. Por este tipo de argumentos, extensas regiones y poblaciones de América Latina vieron limitados su potencial de desarrollo. Resultó inútil esperar que esos territorios fueran insertados en el proceso de desarrollo nacional por impulsos provenientes de las polis centrales de cada nación. Es posible que las relaciones boliviano-paraguayas puedan dejar en el pasado el absurdo millón de dólares del comercio bilateral de 1992. A fines de 1994, Bolivia no tenía conexión pavimentada con ninguno de sus cinco vecinos. La migración masiva y desordenada hacia las pocas ciudades dinámicas fue la con-

³ La toma de conciencia sobre la integración comenzó a surgir en las regiones interiores de América Latina cuando el crecimiento económico se estancó, a mediados de la década del Setenta. Tanto la crisis económica, como la posterior apertura democrática alentó la mayor autonomía de las regiones interiores para establecer sus propias relaciones externas. Ver Raúl Bernal Meza, *El rol de las regiones en la política exterior, en Estudios Internacionales*, Santiago de Chile, octubre 1989.

⁴ Juan Archibaldo Lanús, *De Chapultepec al Beagle: Política Exterior Argentina, 1945-1980*, Emecé, Buenos Aires, 1984. La dirigencia brasileña había llegado a similar conclusión. Ver General Mario Travassos, *Proyección Continental del Brasil*, El Cid Editor, Buenos Aires, 1978. Una defensa de una actitud parecida puede verse en Rogelio Frigerio, *Las Fronteras y la Nación*, en *La Prensa*, 8 de agosto de 1994, Buenos Aires.

LA POLÍTICA GRANDE

secuencia evidente de ese generalizado comportamiento geopolítico.⁵ Esa es una de las características de una sociedad injusta: la necesidad del desarraigo para poder progresar.

3. Poder

*"Lo nacional es lo universal
visto por nosotros".*

Arturo Jauretche

El fin de la guerra fría ha aumentado la indiferencia de los países centrales hacia América Latina. Por otra parte, la mayor interrelación mundial aumenta la exposición frente a las tendencias globales, sean estas positivas o negativas. En conclusión, los países de la región van a estar cada vez más influidos por tendencias forjadas casi exclusivamente por aquellos a quienes cada vez le resultan más indiferentes. Es por eso que la construcción de una voluntad política latinoamericana más coordinada puede resultar conveniente para intentar influir en alguna medida sobre los asuntos mundiales. Dos ejemplos de la década de los Ochenta nos confirman la necesidad de ser sujetos activos en el escenario internacional.

Desde 1982, América Latina ha realizado un fuerte aprendizaje. A partir de ese año, la región vivió una experiencia inédita de concertación regional, motivada principalmente por tres "agresiones externas" que expusieron con crudeza nuestra soledad: el apoyo de Estados Unidos al Reino Unido durante la Guerra de Malvinas (abril de 1982), el estallido de la crisis de la deuda externa (agosto de 1982), y la creciente escalada de la guerra civil centroamericana (en especial desde mediados de 1982). En realidad, las tres crisis confluyeron para crear un mismo efecto en las nacientes democracias latinoamericanas: la crisis de confianza en el gran vecino del norte, Estados Unidos.

⁵ Es una paradoja que Argentina, uno de los países que menos latinoamericano se siente, sea uno de los más beneficiados por la integración con sus vecinos. En pocas naciones como esta, acercarse a los vecinos limítrofes contribuye tanto a integrar el propio país. Los corredores que conectan Chile con Brasil o Paraguay unen provincias argentinas que vivían incomunicadas. Las provincias limítrofes con Chile, Bolivia, Paraguay, Brasil y Uruguay han encontrado nuevos socios para su desarrollo y esas oportunidades tienden a trasladarse a las provincias interiores. Por otro lado, el deshielo geopolítico del Cono Sur permite que las exportaciones de gas, petróleo y la energía eléctrica sean fuentes de ingresos nuevos para olvidadas regiones de estos países.

LA POLÍTICA GRANDE

Con la Guerra de Malvinas se tomó conciencia de la necesidad de acercamiento entre los países de la región para atenuar los efectos más perversos de las reglas de juego internacionales.⁶ Esa toma de conciencia generó un proceso de concertación entre los países de la región que resultó eficaz para acotar la violencia en Centroamérica, pero ineficaz para mejorar las condiciones de pago de la deuda externa, las dos cuestiones regionales centrales de los años Ochenta.

En Centroamérica, la Guerra Fría entró hasta el tuétano a medida que el régimen sandinista enfilaba hacia el marxismo y abandonaba la amplia alianza que había hecho posible su victoria.⁷ El conflicto creció y amagó extenderse a toda Centroamérica. Nicaragua estuvo en 1982 a punto de invadir Honduras, donde Estados Unidos entrenaba guerrilleros "contras". Fué en ese momento cuando reaccionaron cuatro influyentes vecinos del istmo: México, Colombia, Venezuela y Panamá. En 1983 nació el Grupo Contadora.⁸

Separemos lo esencial: la concertación latinoamericana nació en la década de los Ochenta con el objetivo de reducir el impacto destructivo de la guerra fría en la zona centroamericana. Cuando el impulso inicial se desinflaba, cuatro países del Cono Sur formaron lo que se llamó el Grupo de Apoyo a Contadora: Brasil, Argentina, Uruguay y Perú. Ahora, se llamó el Grupo de los Ocho, que con los años y la am-

⁶ La crisis de Malvinas influyó en los dos países sudamericanos claves: Brasil y Argentina. El gobierno brasileño pudo estrenar una cautelosa actitud latinoamericanista, luego de la crisis en su relación con Estados Unidos. El gobierno argentino, que había deseado estrechar a niveles inéditos su intimidad con Estados Unidos, terminó diciendo, por medio de su canciller Costa Méndez algo impensable: "La lucha contra el colonialismo tuvo lugar y se sigue desarrollando, porque ha sido la reacción legítima de los pueblos contra un sistema de relaciones internacionales destinado a perpetuar un status quo que es ilegítimo, que es injusto, del cual sólo se benefician las potencias colonialistas e imperialistas". Además, lo dijo en La Habana. Ver Roberto Russell, *América Latina y la Guerra del Atlántico Sur*, Editorial Universidad de Belgrano, Buenos Aires, 1984.

⁷ En lo interno, la alianza que derrocó el régimen somocista incluía a todos los sectores democráticos del país, y en lo internacional había mayoría de países latinoamericanos, como Costa Rica, Panamá, Venezuela y México. A medida que se agravó el enfrentamiento ideológico, el gobierno sandinista rompió la amplia alianza interna y la ayuda internacional, de acuerdo al informe presentado por Daniel Ortega al 1º Congreso Sandinista de julio de 1991, fue recibida de la URSS, Bulgaria, Cuba, República Democrática de Alemania, Corea del Norte, Argelia, Libia y Vietnam.

⁸ El mismo año 1983 en que comenzó la concertación entre los países latinoamericanos nació el Grupo de los Siete (G-7), que incluye a las potencias económicas mundiales

LA POLÍTICA GRANDE

pliación se convertiría en el Grupo de Río. Esa intervención diplomática de los países latinoamericanos no centroamericanos preparó el camino para la concertación entre los propios países centroamericanos. Y esta, finalmente, llevaría a la paz. Cumpliendo el acuerdo de Esquipulas II, los sandinistas realizaron elecciones en febrero de 1990, siendo derrotados. Dos años antes, el Congreso de los Estados Unidos negaba al presidente Reagan fondos para financiar a los "contras".

El crecimiento de la concertación regional ofrecía una salida a aquellos peones de la Guerra Fría que quisieran tomarla. Por el mismo motivo, Estados Unidos y Cuba fueron los últimos, si alguna vez lo hicieron, en encaminarse en el denso camino de la negociación. Dice Alicia Frohman: "Estados Unidos percibía en las negociaciones multilaterales una manera de diluir su propia presencia en el conflicto centroamericano (...). Estados Unidos recurría entonces al ejercicio de presiones bilaterales frente a las cuales prácticamente todos los países de la región mostraban alguna vulnerabilidad".⁹

Con la deuda externa, la actitud de los gobiernos latinoamericanos fué distinta, y los resultados también. Los picos de concertación entre deudores fueron muy fugaces. Hubo sólo dos notorios: en 1984, cuando se formó el Consenso de Cartagena (grupo de once países latinoamericanos que tenía como objetivo coordinar la postura frente a la deuda externa, y que rápidamente se extinguió); y, en 1987, cuando se esbozó el Grupo de los Tres.¹⁰

Las primeras concesiones importantes de los acreedores surgieron cuando se estaba esbozando, a mediados de 1984, el Consenso de Cartagena, pensado para enfrentarse al hegemónico y finalmente triunfador Consenso de Washington. La segunda flexibilización acreedora, el Plan Baker, surgió en octubre de 1985, después que Perú lanzara su moratoria parcial y se ofrecía ese camino como un sendero al-

⁹ Alicia Frohman, *De Contadora al Grupo de los Ocho: el reaprendizaje de la concertación política regional*, FLACSO-Chile, Documento de Trabajo, Número 410, 1989. Créase o no, hace sólo diez años se reunieron por primera vez los presidentes latinoamericanos por propia iniciativa. Fué en Acapulco, el 27 de noviembre de 1987. El periodista Oppenheimer asegura que Fidel Castro recomendó a los sandinistas no firmar Esquipulas II pues implicaba aceptar la realización de elecciones cuyos resultados eran imprevisibles. Andrés Oppenheimer, *La Hora Final de Castro*, Vergara, Buenos Aires, 1992, p.203.

¹⁰ Brasil, México y Argentina coincidieron ese año en una misma pendiente y anunciaron una concertación, pero hubo una sola reunión de los ministros de Economía.

LA POLÍTICA GRANDE

temativo que atraía a los grupos opositores de los gobiernos que gobernaban la región. Incluso Brasil comenzaba un sendero conflictivo que lo llevaría a la moratoria. Por su parte, el Plan Brady, la tercera flexibilización, se anunció pocos días después de una explosión social en Venezuela, llamada Caracazo, cuya más peligrosa derivación podría ser un estallido de masas similar en la ciudad de México, la más populosa urbe del planeta, ubicada en un país cuya seguridad era y es para Estados Unidos una cuestión de riguroso interés nacional.¹¹

La gestión diplomática no parece haber contribuido a repartir los costos de la crisis de la deuda entre acreedores y deudores. Dada la asimetría en el poder de negociación, quienes fueron marcando los tiempos de la crisis tuvieron más en cuenta la necesidad de minimizar las pérdidas del sistema financiero internacional que la necesidad de reducir el costo social posible de las reformas estructurales. El hecho que los países de la región no quisieron, no supieron o no pudieron concertar sus acciones frente a los acreedores tiene mucho que ver con ese resultado final.

Estas tres experiencias de la década de los Ochenta (Malvinas, Centroamérica y la crisis de la deuda) pusieron a prueba la verdadera voluntad concertadora de las dirigencias latinoamericanas. En Malvinas se tomó conciencia de la necesidad de unirse, pero mientras en la crisis centroamericana esa unión sirvió para acotar los límites de la guerra, en la cuestión de la deuda externa la unión fue apenas una intención retórica para conseguir algún beneficio individual frente al férreo cartel de acreedores.

Es posible afirmar que a medida que nos acercamos al año 2000 la actitud que predomina con respecto a la coordinación de políticas exteriores regionales es más parecida al modo en que se gestionó la crisis de la deuda. Construir una voluntad política latinoamericana común es vista como un desafío innecesario al orden mundial, incluso cuando esa voluntad está dirigida a resolver algún conflicto ubicado en la propia región. Frente a la crisis de la región, muchas veces se termina acompañando políticas extraregionales que son reactivas y

¹¹ Devlin y Ffrench Davis señalan: "(...) se temía la formación de un club de deudores que podría neutralizar el poder de negociación de los acreedores, quienes actuaban en forma de cartel. (...) los acreedores quisieron impedir a cualquier precio la cooperación entre los deudores". Ricardo Ffrench Davis y Robert Devlin, *Diez años de crisis de la deuda externa latinoamericana*, en *Comercio Exterior*, enero de 1993, México, p.14.

LA POLÍTICA GRANDE

con poca visión de largo plazo. La actitud frente al autogolpe de Alberto Fujimori en abril de 1992, la guerra contra el narcotráfico o la actitud prescindente frente al dramático callejón cubano, son pruebas recientes de las dificultades de la región para articular políticas propias.

Las condiciones objetivas para concertar políticas entre los países latinoamericanos son hoy más sólidas que nunca antes, pues hay una creciente integración física, económica, social, cultural y jurídica. Con la actual dinámica integracionista, nace una nueva interdependencia cada día. Sin embargo, las condiciones subjetivas, entendidas como la voluntad real de coordinar una voz política común no se percibe, más allá de los siempre flemáticos discursos. Es muy posible que así perdamos la guerra contra la indiferencia.

4. Cultura de la Vida

"Se condena a gobiernos, se hacen concesiones a sistemas, se defienden hasta la muerte las ideologías; pero gobiernos, sistemas o ideologías no son los sujetos de la historia. Sujetos de la historia son los pueblos, es el hombre: son los seres humanos quienes sufren el hambre, los que mueren en las guerras, los que no tienen voz para ser escuchados"

Monseñor Jaime Ortega Alamino, Arzobispo de La Habana, 1 de enero de 1992.

Una de las características que más contribuye a definir como original una realidad llamada América Latina es el fuerte arraigo que tuvo y mantiene en ella la religión católica. Por eso, las raíces católicas de la inmensa mayoría de los países latinoamericanos pueden contribuir a promover fórmulas de modernización y desarrollo acordes con la cultura de la vida.

Para la Iglesia no hay ninguna duda que América Latina existe. Desde 1492, es la institución más estrechamente ligada a la historia de la región. Representa casi la mitad de los católicos del mundo y, al igual que otras regiones del mundo, tiene cada vez una presencia mayor en la Iglesia universal.

La Evangelización, dice el documento de Puebla (1979), dió ori-

LA POLÍTICA GRANDE

gen a "un radical sustrato católico" (P.1). Fué una constante desde el fin de la Segunda Guerra Mundial promover la integración regional. También en Puebla, en su Mensaje a los Pueblos de América Latina, los obispos expresaron: "la civilización del amor condena las divisiones absolutas y las murallas psicológicas que separan violentamente a los hombres, a las instituciones y a las comunidades nacionales. Por eso, defiende con ardor la tesis de la integración de América Latina". En el documento, redactado antes de Malvinas, de Centroamérica y de la crisis de la deuda, se dice que "la falta de integración entre nuestras naciones tiene entre otras graves consecuencias la de que nos presentemos como pequeñas entidades sin peso de negociación en el concierto mundial" (P.65). Trece años después, en Santo Domingo, los obispos siguieron alertando a los dirigentes de la región: "se experimenta un aislamiento y fraccionamiento de nuestras naciones, al tiempo que se incrementa una globalización de la economía planetaria" (P.207).¹²

De la doctrina social de la Iglesia se desprenden lineamientos generales para el ámbito político y social que enriquecen las tradiciones políticas vigentes. En el documento de Santo Domingo se define a la cultura de la muerte. Cultura de la muerte es la miseria, son las guerras, el terrorismo, la droga, las opresiones e injusticias, la mentira institucionalizada, la marginación de grupos étnicos, la corrupción, los ataques a la familia, el abandono de los niños y ancianos, el aborto, la instrumentalización de la mujer, la depredación del medio ambiente y el terrorismo demográfico.

Pero ocurre que de esta enumeración de amenazas actuales a la cultura de la vida, los sectores "conservadores" (derecha) tienden a ocuparse sólo de los referidos a la ética sexual o familiar, mien-

¹² Los elementos que el episcopado latinoamericano reúne para definir su opción integracionista son:

a. Unidad espiritual y cultural, fundada en la común fe católica.

b. Geografía, lengua e historia común.

c. Sentido de familia.

d. Unidad de análisis. (En ningún momento los obispos dividen a América Latina país por país, o por regiones. Sí hacen varias referencias a las varias culturas existentes y a los muy diversos aportes étnicos recibidos. Pero siempre hablan de "mundo latinoamericano", "familia latinoamericana", "hombre latinoamericano", "mestizaje latinoamericano", etcétera).

e. Misión.

LA POLÍTICA GRANDE

tras que en los sectores "progresistas" (izquierda) se apoyan sólo aquellos que tienen que ver con la cuestión social. Entonces, cada sector cita la parte de las encíclicas que fortalece su visión parcial de lo que es la cultura de la vida.¹³

Las raíces católicas de América Latina pueden servir hoy para tener una mayor y mejor recepción de la doctrina social de la Iglesia. No se trata de ingresar al debate político latinoamericano una propuesta exclusiva para católicos, "integrista" e intolerante, reclutando obispos para la actividad política como si fueran *ayatollahs*. Más bien, se trata de persistir en el intento de incorporar una visión de las sociedades que permita respetar y promover la vida en todas sus dimensiones mejorando el sentido de justicia del accionar de las nuevas dirigencias de la región. Se trata de encontrar fórmulas de desarrollo que sean coherentes con la profundización de la cultura de la vida. Por eso, el fortalecimiento del ideal integracionista puede fortalecer también, en la búsqueda de nuestras cosas comunes, la fidelidad a la doctrina social de la Iglesia.

Es posible que la Patria Grande, impulsada como fundamento de la unidad latinoamericana en la primera mitad del siglo, haya tenido un tinte literario. También es posible que el Mercado Grande, promovido después de la Segunda Guerra Mundial, haya tenido un tinte economicista. Ahora, ambas concepciones, que fueron útiles, parecen superadas. La integración avanza en varios niveles, pero en otros no. Se necesita formular un ideario "integrador" de la integración. La política debe guiar el proceso hacia el bien común, pero necesita un mapa. Hemos señalado cuatro aspectos en los que algo se puede hacer. Hay mucho que ganar. Por eso hablamos de La Política Grande.

¹³ En la mayoría de los países de la región, la Iglesia se ha convertido en la más robusta voz de la sociedad civil. Al no existir, en general, organizaciones de la sociedad con capacidad para defender los derechos de los más débiles, la Iglesia tiende a asumir naturalmente su defensa. Sin embargo, al no existir un laicado activo con inserción social y creatividad política, son los obispos y los sacerdotes quienes aparecen involucrados en lo social y en lo político. En tierra latinoamericana, el Papa Juan Pablo II dijo: "La Iglesia no puede en modo alguno dejarse arrebatar por ninguna ideología o corriente política la bandera de la justicia, lo cual es una de las primeras exigencias del Evangelio y a la vez fruto de la venida del Reino de Dios" (Santo Domingo, 12 de octubre de 1992).